

**VIDA
CONQUISTADA**
J ENRIQUE RÍOS

**COLECCIÓN
TESTIGOS**



**FONDO
EDITORIAL
UNIVERSIDAD
EAFIT**

Vida conquistada

J. Enrique Ríos

Vida conquistada



Fondo Editorial
Universidad Eafit

Ríos, J. Enrique

Vida conquistada / J. Enrique Ríos. -- Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2006.

254 p. ; 22 cm. -- (Colección testigos)

ISBN 958-8281-29-6

1. Ríos, J. Enrique 2. Periodistas colombianos - Biografías

I. Tít. II. Serie.

920 cd 20 ed.

A1085804

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

VIDA CONQUISTADA

Primera edición: agosto de 2006

Primera reimpresión: octubre de 2009

© J. Enrique Ríos

© Fondo Editorial Universidad EAFIT

Carrera 49 #7 Sur 50, Medellín.

<http://www.eafit.edu.co/fondo>

E-mail: fonedit@eafit.edu.co

ISBN: 958 – 8281 – 29 – 6

Editor de la colección TESTIGOS: Juan José Hoyos

Diseño de colección y carátula: Sebastián Hoyos Vélez

Editado en Medellín, Colombia

*A mi esposa, Graciela,
a mis hijos: Claudia, Jorge, Juan, Jaime y Carolina;
a mis nietos: Nicolás, Pascual, Lucas, Lola,
Marcos, Salomé y Mateo
y a tantos empresarios y amigos que creyeron en mí y me
estimularon para poder llegar hasta donde he llegado.*

Contenido

Prólogo	9
1. Aprendiendo a vivir	19
2. Un mundo nuevo	49
3. La tarde del día antes	90
4. Sueño sobre ruedas	116
5. Empiezo a aprender	140
6. Grado de mensajero	164
7. Encuentro con el ciclismo	182
8. Muerte y resurrección	232
Epílogo	249

Prólogo

Una aventura vital

Había llegado a Medellín, desde Virginias, apenas unas horas antes. Nunca había estado en una ciudad. En la práctica, andaba volado de la casa, pues sus padres, campesinos, creían que regresaba al Seminario de Misiones de Yarumal, donde llevaba tres años estudiando. Ese domingo, al tercer día de estar en Medellín, salió a conocer desde Cisneros hacia el centro, como palpando un túnel en la oscuridad, pues la víspera lo había hecho en sentido contrario. J. Enrique Ríos tenía 14 años y seguía impulsado por su afán de conocer el mundo, empezando por sus calles. Tenía que ir a misa. Le preguntó a un transeúnte, señalando un edificio al frente: “Señor, ¿la Iglesia por qué está cerrada?”. “Esa no es una Iglesia, jovencito; ese es el Palacio Nacional”. Era el 30 de enero de 1955. No se achantó, Enrique. Para él eso no era, ni un error ni un fracaso, ni algo que lo pusiera en ridículo; era un descubrimiento. Y a eso venía: a descubrir, pues descubrir era lo que estaba haciendo desde chiquito; por tal razón no tuvo pena, ni de sí ni del transeúnte, sino que tuvo la alegría del descubridor.

Así había sido desde niño, porque desde niño tuvo una vida azarosa, en el sentido literal de la palabra: llena de azares, de riesgos, de asombros. Hasta los 8 años de edad vivió en el monte; así como suena. Esto es, sin contacto con lo que llamamos civilización; no conocía la luz, se alumbraban con velas; no conocía las letras. Vivía en un mundo primitivo, lo que significa, ante todo, un mundo de sentimientos primarios. Uno de sus primeros recuerdos fue cuando su papá, Pascual Ríos, campesino de hacha y machete, ahorcó a *Sultán*, el perro viejo de la casa, colgándolo de un tamarindo, porque “el chandoso no servía ni pa’ladrar”. Tal vez no espantó a algún ladrón. Enrique, que quería mucho a *Sultán*, lagrimando, lo miró un rato chapaliar, y salió corriendo para alcanzar al papá, que iba muy tranquilo monte adentro. Ningún reproche le hizo al padre. Lo cual, por lo demás, dentro de esa cultura primitiva, era imposible. Pero lo raro fue que el chandoso se apareció en la casa al poco rato. ¿Cómo lo hizo? Es el misterio, otro rasgo propio de la vida primitiva.

Lo lindo es que ahora, Enrique, habiendo salido del monte, habiendo hecho todos los descubrimientos, y habiendo hecho, no ya el descubrimiento, sino la conquista del mundo que había emprendido azarosamente, allá, en Virginias, aún niño, cuente en este libro esos azares y esas victorias sin brizna de jactancia, pero también sin brizna de resentimiento. Y colmado de gratitudes para quienes, muchos, le ayudaron y le dieron pie para seguir subiendo. Tampoco hay remordimientos ni tristezas, ni asomo siquiera de venganzas contra esos que trataron de frenarlo o de desviarlo o, aun, de hundirlo. Ha tenido que hacer en la vida arduos esfuerzos para superar numerosos peligros, pero ha logrado conservar el corazón puro. Es como un milagro

que se haya librado de la amargura, y que la hiel no se hubiera instalado en su corazón. Por eso es una delicia leer este libro: la aventura vital de un hombre que se alza desde lo primitivo hasta lo culto o, si se prefiere, hasta lo civilizado, gozando ahora de las gracias y las glorias que no tuvo de niño, sin perder las emociones de esa infancia primera, y sin perder el asombro de la vida a cada día descubierta y a cada día conquistada.

Es grato y emocionante leer ese paso del monte al pueblo. En diciembre de 1948, cuando Enrique sólo tenía 8 años, resuelve el padre que se instalen en el pueblo. Porque ya se extiende la violencia, porque se hacen difíciles y escasos los rendimientos que se le sacan a la tierra, porque es bueno darle estudio al único hijo que parece bien dotado para esos menesteres. Sí, para que Enrique haga siquiera la primaria, que en la escuela rural no hay sino lo más primario. Hombre de empuje, Don Pascual. Duro, sí, pero de decisiones certeras y que no admiten discusión. Allá van para el pueblo, habiendo escalado el alto de *Tumbacuatro*, desde donde atisba, el niño, paisajes deslumbrantes. No van propiamente para una urbe: es una aldea delgada, dos filas de casas a ambos lados de la línea del ferrocarril que corre de Puerto Berrío a Medellín. Es Virginias, en verdad, una estación de tren a poco de salir de Berrío. Pero tiene cura cada domingo, tiene Iglesia y tiene escuela. Y tiene policía. Al niño no le alcanzan los ojos para ver tanto asombro. Parece que hubiera entrado en el reino de las mil y una noches. ¿Esos alambres que van por el aire? La mamá le explica que por esos alambres van los telegramas. El niño no entiende sino el lenguaje literal, propio del mundo primitivo. Al día siguiente atraviesa una vara en esos alambres, con la esperanza de atajar algún telegrama de los que por allí pasan. Des-

ilusionado, porque en el palo no hay nada atrancado, la mamá le explica que los telegramas van por dentro del alambre. Pero ahí sí que no entiende nada el niño. (Es curioso, pero es en el mundo de las comunicaciones donde Enrique Ríos habría de afinar, al cabo de los años, su conocimiento cabal del mundo y el dominio de este, para seguir sustentando, con amplitud, su vida y la de sus gentes). Se van arrimando al pueblo y siguen apareciendo cosas inesperadas. Unos hombres, en un cuarto, alrededor de una mesa con vasos y botellas. Conversan y toman. Es raro. “Eso es una cantina, mijo”. Y la luz eléctrica es un descubrimiento que deslumbra por partida doble, y la vitrola y las mismas campanas de la iglesia. Y la misa. Al día siguiente, domingo, Enrique asiste por primera vez a misa, en un hogar que ha rezado, desde siempre, el rosario todas las noches, y que de rodillas, todos, rezan el *Magnificat* cuando hay tempestad. Pero por allá en el monte no hay cura. Qué asombro todo ese ritual de la misa y el revoloteo de unos niños (se llaman monaguillos) alrededor del altar. Tal vez lo más maravilloso, y lo más inexplicable, es ese cajoncito del vecino donde está encerrado un hombrecito que habla. Es la definición certera de un radio. Y el descubrimiento más temible que hizo al llegar a Virginias fue un monstruo de hierro que echaba candela desde sus entrañas. Creyó que lo iba a devorar, y cuando el tren emprendió de nuevo la marcha, con esa máquina de fuego a la cabeza, Enrique creyó que lo iba a aplastar.

Por esa capacidad de asombro y por esa curiosidad que no se sacia, Enrique Ríos tiene una memoria prodigiosa, que palpita como recién nacida. Todas esas cosas inesperadas que ha venido viviendo desde niño, y viendo, sin darse reposo, como a más de impresión

han sido deslumbramiento, se le han ido grabando, no ya en la memoria, que es máquina mental, sino en el corazón, que es depósito de alma. Y la memoria del corazón es memoria indeleble.

Gracias a esa memoria que brota del corazón, el mundo que aquí describe es un mundo palpitante. Y un mundo en el que transparecen aquellas costumbres milenarias del mundo primitivo en el monte. Es como un cuadro de esas costumbres campesinas. Pero no se trata de la tarea fácil de un retrato, y por eso no se puede tachar, su texto, de literatura costumbrista. Es vivencia, es la palpitación de una vida que se ha padecido en dicho medio. Porque el literato de costumbres, como si fuera un turista, ve las cosas de fuera y las cuenta como simple descripción y destacando su exotismo. Enrique vivió y padeció la vida que relata: lo vio desde dentro y desde dentro lo narra. Por eso no es mera rareza o exotismo, sino vibración y emoción de vida que se ha vivido en asombros y peligros. La literatura de Enrique Ríos es una literatura cargada de vitalidad, de emoción, de descubrimientos. Porque lo que cuenta lo vivió y no es algo que le contaron testigos de tercera mano. Este texto tiene el encanto y el temblor de la vida misma. Es ese un gran valor de *Vida Conquistada*: testigo desde la entraña de la vida entrañable en el monte. Aparece el padre con todas sus durezas, pero también con todas sus potencias y habilidades. Hace, de su mano, en cinco semanas, una casa para la familia. La madre que guarda cintas y sombreros en una cajita, y que purga a los hijos con leche de higuierón. El hermano Evelio, que comía ceniza. La tía Otilia, dice Enrique en feliz expresión, “que había hecho de su cuerpo una cacharrería”. Las escobas que se hacían de los cogollos de palma. Este libro se lee como una epopeya del antioqueño, tan

pregonada, pero aquí contada sin melindres, desde la dureza misma del cogollo. No hay costumbrismo, que es género meloso, sino vida vivida por otro y que yo, lector, ahora comparto. Lo repito, porque son palabras que brotan, no de la simple observación o de la referencia ajena, sino del dolor y del desgarramiento y de la dicha propias.

Toda vida primitiva es vida de invención y de riesgo. A unos los destroza. A Enrique lo templó. Porque la vivió con dicha y deslumbramiento. Por eso ni se avergüenza ni se lamenta hoy de las estrecheces y miserias padecidas. Eran, insisto, descubrimiento; y como descubrimiento, asombro; y como asombro, alegría.

Vivió cosas terribles, Enrique, a más de esa inicial: tener que enfrentarse al mundo desde la ignorancia del monte, con la sola herramienta de su curiosidad y de su coraje. Con una bella retribución: ha logrado triunfar en la vida, por todos los aspectos, y no solo los materiales, sin doblegarse, sin renunciar a los valores de asombro y fortaleza que adquirió en la infancia. Porque Enrique, hoy, sigue asombrado y sigue fuerte. Pero fueron muchos los obstáculos que tuvo que superar. Siempre estamos los seres humanos en lucha con el mundo; y en esa lucha con la vida, cuántos perecemos. Enrique, lo repito, la domeñó. Esta victoria es gloria suya y, a la vez, la magnificencia de este texto. Y cuántas batallas tuvo que dar, sin cabal conciencia de que estuviera batallando (se hubiera amargado o se hubiera endurecido), sino como el normal y obligado ejercicio de la vida.

De niño, en Virginias, con estudios primarios que solo llegaban hasta el 3^o año, se mete de acólito y aprende latines de Iglesia. No sé por qué, pero, a mi modo de ver, intuye que ahí encontrará un camino de salida. Salir del monte, salir de Virginias, para ver qué es eso

llamado “mundo” y cómo es que uno allí se instala. El hecho es que lo encontró. Fue con el cura al levantamiento de unos cadáveres, en una vereda, que había matado la violencia política, para ayudarlo al sacerdote a tomar notas. Removió un cadáver y vivió el horror: al cadáver se le desprendió la cabeza; se la habían cortado de un machetazo. Lo que entonces se llamaba “corte de franela”. Empacaban gentes de un partido en vagones de ganado, y en la siguiente estación los ajusticiaban. Su propio padre, por liberal, sufrió persecución y tuvo que huir. Viendo la violencia en sangre caliente, y sufriendola, Enrique Ríos no se amarga ni almacena odios. Todo lo cuenta con la misma dulzura.

Y por su proximidad al cura y a los servicios religiosos, y por mediación de una tía monja, y por ese impulso ciego que tenía de salir del hueco, Enrique ingresó al seminario de misiones de Yarumal, que regentaba el P. Jesús Emilio Jaramillo. Yo creo que no tenía vocación sacerdotal, sino necesidad de salir de Virginias. Y esta era, al menos, una salida. Pero es posible que si el P. Jesús Emilio no lo hubiera echado, con el pretexto de una falta levísima, tres años más tarde, hoy J. Enrique sería obispo. En el Seminario sí que aprendió hartas cosas: allí siguió haciendo descubrimientos y siguió sufriendo asombros, y también siguió sufriendo reprensiones, hasta llegar a la expulsión injusta. Porque aprendió que no era hombre de rebaño. No que fuera insumiso, sino que había desarrollado una fuerte personalidad, y las personalidades de este talante no se doblegan. Allí, en Yarumal, le cogió el pulso a la palabra, esto es, aprendió, casi por intuición, que la palabra es la vida, y que sirve, no solo para contarla, sino para vivirla. Y la

narración de este período de su vida, con la observación sagaz y también asombrada, es otro rico episodio de *Vida conquistada*.

Fue, no solo injusta, sino cruel, la expulsión. Falta-
ba solo un día, mejor una tarde para terminar su tercer
año en el Seminario, pero le avisaron, para su sorpresa,
con dos horas de anticipación, que lo recogería el bus
que lo llevaría a Medellín, y de allí, por tren, a su casa en
Virginias. Pero no le habían llegado los cinco pesos que
le mandaba la mamá para pagar los pasajes. Nada, se
tiene que ir ahora mismo. Le pidió prestados los cinco
pesos al padre rector. Vaya donde el padre prefecto.
Le doy los cinco pesos pero me deja todos sus libros.
Era un despojo y una mutilación. Esos libros eran el
testigo de su vida de seminarista, que le dejó muchas
riquezas espirituales, de alma y de carácter. El Misal
(*Libris Usualis*), en latín, un idioma que empezaba a
conocer, era un especial tesoro para Enrique. Y le había
costado mucho más de cinco pesos. Los libros todos
valían tres o cuatro veces la suma prestada. “Déjeme
llevar siquiera el Misal, Padre”. Nada. Me das todos
tus libros o no tienes el dinero. Y ya estaba que llegaba
el bus de las 5 de la tarde. Salió a las carreras, con su
maletica y cinco pesos. Cuando se montó en el tren en
Medellín, solo tenía diez centavos entre el bolsillo. Era
lo que quedaba de pagar pasajes Yarumal-Medellín-
Virginias. Y tenía hambre desde la víspera. Como el
hambre apretaba, descubrió el vagón restaurante y
pidió un café con leche, que valía su capital. Lo rellenó
de azúcar, para así acumular siquiera calorías que lo
sostuvieran hasta el pueblo. Dio el primer sorbo, y lo
tuvo que escupir: le había echado sal en vez de azúcar.
Tampoco esta vez se amilanó, y llegó a Virginias en la
plena alegría del retorno.

Al mes siguiente, de 14 años, en enero de 1955, llegó a Medellín, con la misma pobreza y el mismo espíritu inquebrantable de aventura. En la casa creyeron que volvía al Seminario. No les quiso contar la verdad, de un lado, para no causarles angustia, y quizás, también –lo pienso ahora– para que no lo obligaran a quedarse; ellos sabían que no tenía adónde ir. Pero si se quedaba en Virginias su destino sería arriar mulas.

Y viene la gran aventura, en la gran ciudad, sede de todos los asombros y de todas las posibilidades, pero también de todos los riesgos. Solo enfrentó Enrique la ciudad. Solo con sus viejas armas del coraje, de la curiosidad, del asombro, del descubrimiento. Y también acabó por domeñar la ciudad, como acabó por domeñar eso que, por extensión, llamamos mundo. También en el episodio, largo, de la ciudad es deliciosa la lectura de este libro, pues uno, lector, también va de asombro en asombro.

Ese episodio final de esta primera parte, que no digo de sus memorias, sino de su vida, está marcada por una especie de hálito milagroso, ese hálito que parece presidir la vida de J. Enrique Ríos. Perdido del mundo, debido a un accidente –oía pero no se podía hacer oír, que es algo así como la muerte– desde tres días atrás, la caricia sutil de una enfermera desconocida por debajo de las sábanas le devolvió la vida como en una explosión.

Años más tarde, cuando Enrique ya había recorrido gran parte del trayecto en su empeño triunfal por domeñar la vida, nos conocimos. Y al ir conociendo lo que yo no vacilo en llamar la hazaña de su vida, que me contaba a pedazos, siempre sin jactancia alguna, no dejaba de admirar su tenacidad, y su vitalidad, y su victoria. Y en el curso de años siguientes pude apre-

ciar, ya personal y directamente, cómo Enrique seguía aplicando en el mundo y en la vida aquellas mismas virtudes. Y cómo seguía la aventura. Y cómo seguían los triunfos y también, en ocasiones, los desengaños. Lo que dejo aquí escrito no es solo por que haya leído sus palabras memoriosas, sino porque he sido testigo de ese tránsito y de ese batallar.

Además, porque me asombra que Enrique siga siendo, al fondo, el niño de Virginias.

Alberto Aguirre

1. Aprendiendo a vivir

Lloré como el niño que era –tendría unos cuatro o cinco años– cuando Sultán, el perro que yo más quería, se quedó por fin quieto, atado con un lazo por su nuca. Pascual Ríos, mi papá, lo ahorcó colgándolo del tamarindo. Bajó su cuerpo, mejor su cadáver, y lo tiró al hueco que tenía en la raíz el inmenso árbol cerca de la casa, en la boca del monte donde buscábamos leña todos los días. Mudo e impresionado por la ejecución que había acabado de presenciar, le di una última mirada a mi perro amigo. Secándome las lágrimas con el borde de la camisa, tuve que echar a correr para alcanzar a mi papá quien había reanudado el camino, vociferando insultos. “Chandoso que no servía ni pa’ latir...”, dijo como epitafio.

En realidad Sultán sí ladraba aunque sólo de vez en cuando, pero nunca tanto como sus otros cuatro compañeros. Era un perro entrado en años, tranquilo, que vivía y dejaba vivir. Se mantenía echado, durmiendo, debajo de un banco, en el corredor de la casa. Cuando los otros cuatro perros, Cónsul, Regalo, Diamante y Líंबर, le salían a latir a cualquier caminante, Sultán no se inmutaba. Seguía durmiendo. O si mucho, latía

desde su lugar. Era un perro que ya había ladrado lo suficiente en la vida. “Perro viejo late sentado”. Nos alejamos monte adentro y pronto armamos, cada uno, nuestro viaje de leña.

Al regresar a casa, el primero que tiró sus palos cerca al rajadero fue mi papá. Ahí estaba Sultán moviendo su cola. Su mirada era llorosa y desconfiada. Pascual Ríos, acostumbrado a toda insensibilidad, esta vez no pudo ocultar su espanto. Para disimularlo al menos, exclamó: “¡No era tu día Sultán *hijueputa!*”. Yo corrí hacia mi perro y lo abracé mientras él me *lambía* las manos y seguía agitando su cola. Ese día compartí mi almuerzo con Sultán.

Así era mi papá, un campesino analfabeto, nacido en 1907 en Concepción (La Concha), hermoso pueblo del oriente antioqueño. Intolerante y violento, como casi todos los que vivían en Colombia a mediados de los años cuarenta del siglo XX. Muy reservado. Hablaba muy poco, demasiado poco. No recuerdo haber tenido nunca un diálogo abierto con él. Usaba un bigote pulido a lo Hitler. Su rostro era descarnado y su cuerpo de baja estatura, tal vez de un metro con sesenta.

Llevaba puesto siempre un sombrero aguadeño, deshilachado, un carriel raído, terciado al hombro, lleno de cachivaches. Allí guardaba el eslabón para asentar el filo de su peinilla, una navaja, uno o dos paquetes de cigarrillos, una candela de mecha (yesquero le llamaban) para encenderlos, una aguja de arria, varias cabuyas, un espejo, una cuchilla de afeitar, un frasquito de aceite de Caparrapí para las mordeduras de culebras, un Agnus Dei, una estampita de la Virgen del Carmen, otra del Corazón de Jesús y la cédula do-

blada en papel celofán para protegerla de la humedad. En la cintura no faltaba la peinilla afilada ni en la mano el zurriago, y menos la mulera al hombro. Olía a campo, a montaña, a rastrojo, a tierra recién cavada, a sudor, a trabajo. Nunca en su vida usó zapatos, ni siquiera cotizas de cabuya como la mayoría de los campesinos de la época. Años más tarde se negó rotundamente a asistir a mi boda para no ponerse zapatos.

Difícilmente sabía firmar y eso con unos garabatos que escribía letra por letra, pujando. Era violento para casi todo. Su vocabulario, escaso en expresiones decentes, era, sin embargo, frondoso, repleto de insultos y palabras de grueso calibre, como se dice. Muy bravo. Yo diría que grosero. Malgeniado. Más de una vez vi cómo le lanzaba a los pies de mi mamá la comida que le servían porque estaba muy caliente o muy fría. Perros, gatos y gallinas de la casa corrían al escuchar el ruido de platos de peltre o de totumas rodar por el suelo de tierra pisada, para disputarse la comida regada. En un santiamén limpiaban el reguero. Mi papá se fumaba en promedio dos paquetes diarios de cigarrillos Pielroja.

En esta, la época de mi niñez, lo veía como un trabajador incansable. Era muy recursivo. Tenía fama en la región para capar gatos en caliente; es decir, sin anestesia alguna. Se los llevaban de las fincas vecinas. Él les amarraba patas y manos y los echaba dentro de una jíquera y así lograba medio inmovilizarlos. El animal se retorció dando aullidos impresionantes, mientras brincaba como una pelota de caucho con jíquera y todo. Luego, por un agujero que ampliaba con sus propios dedos, sacaba los testículos del animal. La clave estaba en terminar la operación lo más rápido posible. De lo

contrario, el animalito alcanzaba a enfurecerse de tal modo que era imposible escapar a los arañazos con los que pretendía defenderse. Prefería este trabajo a echar gatitos recién nacidos en una jíquera vieja, llenarla de piedras y lanzarla al río, para que murieran ahogados en el fondo, aunque igualmente esta acción la realizaba sin ningún pesar.

Nunca se quedaba quieto. Siempre estaba ocupado haciendo alguna cosa. Todas las mañanas, aún en la oscuridad, lo escuchaba uno pilando el maíz para las arepas y la mazamorra, o en el patio cantando “Adelita” o silbando cualquier otra canción, mientras sobre la piedra de amolar le afinaba el filo a su peinilla. Como la comida por la noche eran siempre frisoles, por las mañanas, en medio de sus cantos, daba rienda suelta, sin ningún reparo, a su incontrolable pedorrera. Él relacionaba sus ventosidades con disparos de escopeta en la cacería. Tal vez por eso era por lo que cada explosión de su vientre la acompañaba, levantando un pie y exclamando: “¡hey, le dio... le dio!”.

Los sábados en las mañanas estaba en la casa atareado, subiendo el agua desde la quebrada cercana, herrando bestias o desenredando con un peine de cacho sus crines, después de que las brujas habían hecho fiesta con ellas en las noches estrelladas, como nos explicaban que ocurría, teniendo como prueba los nudos encontrados; arreglando enjalmas y monturas o picando y rajando leña, o desyerbando su huerta o también amansando potrancas. Después del almuerzo ensillaba su macho, clase que siempre prefirió a los caballos y yeguas; enjalmaba una de sus mulas, hacía un joto con sus costales y talegos para echar el mercado

y se iba para el pueblo acompañado invariablemente por Evelio, el hermano mayor entre los hombres, a quien él prefería. Esperábamos con ansiedad su regreso del pueblo el domingo por la tarde. Cuando estaba de buen genio, situación muy escasa, nos traía confites, colaciones o bombones. Además, era el único día de la semana que en la comida se servía carne fresca frita acompañando los invariables frisoles.

Tenía en casa herramientas para todo: serrucho, cuñas de metal para rajar troncos, hacha y almadana; todo el avío para herrar bestias, que incluía escopina, tenazas y limas gigantes para pulir los cascotes. Para sus labores agrícolas disponía de azadón, barra, recatón y pala; almud, cuartillo y pucha, con sus rayas (regleta de madera utilizada para eliminar el rebose), como medidas para granos; báscula romana para pesar cierta carga. Tijeras grandísimas, como de sastre, para motilar las mulas, machos, yeguas y caballos.

Bebía aguardiente cada vez que tenía plata en el bolsillo. Para hacer desaparecer cualquier centavo que le caía, alternaba el trago con el juego de póker. En este tenía una rara habilidad: perder siempre. Había aprendido a jugar teniendo como maestro a uno de sus peones en Canutillo, la finca lejana donde cosechaba maíz cada año. Primero aprendió a jugar tute, y después póker clásico. Inicialmente apostaba cigarrillos en las noches de campo. En esa época fumaba “108” o máximo Dandy, las denominaciones de precio más populares en el mercado. En el pueblo, los sábados por la noche apostaba plata. La búsqueda incansable de fortuna a través del juego lo llevó finalmente a la ruina económica. Para cubrir sus deudas de juego vendía cada vez una mula,

hasta que se le acabaron las catorce que llegó a tener. Honró siempre sus compromisos, sin importarle lo que tuviera que hacer para conseguir la plata. Lo último que vendió para pagar cuentas de juego fue la máquina de coser de mi mamá, con la que ella había aprendido a hacernos camisas y pantalones. Era una Singer manual. Ese día lloramos todos, cuando comprendimos que el juego lo había arruinado por completo.

Este episodio me reveló un papá esclavizado por el juego, capaz de llegar, como esta vez, a cualquier límite impensado. Muchos años después todos hicimos sucesivos intentos por ayudarle a tomar impulso nuevamente, pero fue en vano. Tuvo una tienda de abarrotes y la perdió. Tuvo una cantina y el “equipo de sonido” era una vitrola, que también se la jugó. Tuvo asimismo un toldo de carnicería, pero fue igualmente por poco tiempo, porque le pasó lo mismo que con la tienda y la cantina: se la bebió. Nunca supo aprovechar lo que trabajaba. Todas las ganancias se las bebía o las perdía en el juego. Después aparecía en la casa enojado con mi mamá, para que ella no le dijera nada. Lo que tenía de montañero lo tenía de malicioso.

Pascual Ríos era liberal, como los liberales de entonces: absolutamente fiel, “requeteconcentrado”, aunque no activista, pero sí comprometido. Le había tocado vivir en la plenitud de su vida la hegemonía liberal de Enrique Olaya Herrera, Alfonso López Pumarejo y Eduardo Santos, presidentes sucesivos desde los treinta hasta mediados de los cuarenta. Ellos eran sus insignias. Habían roto el período de dominio de los conservadores que gobernaron entre 1898 y 1930, después de los cuatro períodos de Rafael Núñez entre 1880

y 1898. Mi papá trabajaba entonces como “agregado” en una finca donde nació, el 2 de septiembre de 1940, ubicada a unas dos horas y media a pie de Virginias hacia adentro.

La finca ganadera y de arrieros era propiedad de los hermanos García –Carlos y Gerardo– oriundos de Santo Domingo, en donde tenían sus casas y vivían esposa e hijos, quienes nunca llegaron a ir de visita a la finca. Eran conservadores obedientes, y como tales cumplían el llamado de su partido para que todos los que estuvieran a su alrededor votaran por el candidato de ese partido. En las elecciones de 1946, Pascual Ríos tenía que ir hasta su pueblo natal a votar. El voto se probaba con el sello que cada vez estampaban los jurados electorales, al respaldo de la cédula, que era un papel media carta, con foto adjunta, que se llevaba doblado en el carriel. Votar por el candidato del patrón era un requisito obligatorio para conservar el trabajo. Mi papá se negó a cumplir la exigencia de sus patrones. Mariano Ospina Pérez ganó las elecciones, rompiendo la hegemonía liberal, pero Pascual Ríos perdió su trabajo. ¡Los García lo echaron!

Mi papá, como “agregado” de la finca, tenía trabajo permanente. El agregado era quien aportaba el trabajo de su mujer e hijas en la cocina para hacer la comida a los dueños y a sus trabajadores. Podía cultivar la tierra a la cuarta: es decir, entregando en pago una cuarta parte de lo que cosechara. Cuidaba la huerta de la casa, picaba caña para las bestias, buscaba madera en el monte cercano para las reparaciones en la hacienda. Era responsable de mantener limpios de malezas los potreros, trabajo por el que recibía un jornal; algunas